

---

**Andrés Stambouli**

Director de Postgrado  
Área Estudios Jurídicos y Políticos

## Reflexiones sobre el tiempo actual

▼  
**Estimados Graduandos:**

Congratulaciones, vinieron en busca de conocimientos y habilidades avanzadas en ramas de diversas disciplinas -administrativas, gerenciales, financieras, comunicacionales, jurídicas, mercadotécnicas- para un mejor desempeño en vuestra vida laboral y profesional.

Hoy celebramos con ustedes la meta alcanzada. Estamos seguros que el tiempo y el esfuerzo invertidos en vuestros postgrados se traducirán en ese mejor desempeño, cualquiera sea la actividad a la que vayan a dedicarse.

Pero en medio de esta inmensa satisfacción, no podemos ni debemos desentendernos de lo que sucede más allá de nuestra limitada vida privada. ¿Cómo no sentir desconcierto y perplejidad, por decir lo menos, cuando un universitario proclama, con la mayor sinceridad y desparpajo, que no tiene el menor interés por lo que sucede en América Latina o en Venezuela, que lo suyo es el mercadeo, el negocio o la filosofía, sin más. No cuestionamos, evidentemente, el interés por el mercadeo, los negocios o la filosofía, ni siquiera el derecho al desinterés y a la apatía, sino a expresarlo como universitario en las circunstancias de la Venezuela de hoy.

Y lo digo porque desinteresarse de los asuntos públicos sólo le facilita su trabajo al autócrata amenazante, al charlatán que se hace pasar por profeta, o al demagogo calificado de carismático. Cuando el autócrata es demagogo y charlatán al mismo tiempo,

el historiador que lo toma por un jefe carismático se equivoca. Mahatma Ghandi y Martin Luther King fueron personajes carismáticos del bien... otros lo fueron del mal absoluto... pero ni unos ni otros eran charlatanes o demagogos. No les facilitemos las cosas, a estos personajes en cualquier ámbito en el que estén. Y miren que no están solamente donde uno cree. No están monopolizados por ningún sector en particular.

La activación y participación de la sociedad civil es el signo del tiempo actual para reclamar o proponer. Pero también es el tiempo del resurgimiento, en el mundo, del dogma, del fundamentalismo y de las autocracias.

Interesarse por los asuntos públicos hoy es vital, es el primer paso para frenar al despotismo moderno, aquel que, según Maurice Joly en su Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu, se propone "no tanto violentar a los hombres como desarmarlos, no tanto combatir sus posturas como borrarlas... no proscribir sus ideas sino trastocarlas".

No teman ustedes discrepar y manifestarlo. Claro está que el que discrepa produce incomodidad, complica las cosas, obliga a revisar la posición propia y a realizar ajustes con otras visiones del mundo. Pero es que la tendencia a imponer la uniformidad, a considerar que lo valioso es lo que es compartido por todos, o casi todos, es inaceptable, si admitimos los valores del pluralismo, de la heterogeneidad, de la convivencia, de la discusión.

De las primeras lecciones que un sociólogo debe transmitir a sus alumnos es la de que jamás ha existido, ni existirá, un régimen perfecto; ni político, ni social, ni empresarial o universitario. Buscar la perfección sólo conduce a los más nefastos, y frecuentemente criminales, de los despotismos. Buscar la excelencia es otra cosa, sin dejarse amedrentar por los epítetos y etiquetas, rescatando el valor de los conceptos. Así por ejemplo, resulta chocante a primera vista afirmar que el gobierno, la conducción de toda organización es siempre oligárquica: es que siempre gobiernan pocos, pero deben hacerlo en nombre de todos y para todos, en consulta con todos y no de espaldas a muchos.

Raymond Aron, el sociólogo francés advertía contra los intentos uniformadores de los perfeccionistas que pretenden imponer a la sociedad, y en particular a las Universidades, una doctrina pretendidamente total. Decía: "Cuando un Estado, un partido o un individuo pretenden imponer a la ciencia sus temas de estudio o las leyes de su actividad... estamos

frente a la intervención absolutamente ilegítima de una colectividad política en la actividad de una colectividad espiritual... El invento más temible del totalitarismo es precisamente el de la subordinación de las múltiples obras de que el hombre es creador a la voluntad exclusiva de un partido, o, a veces, de un hombre..."

Donde quiera que estemos, sector productivo o académico, tenemos que negarle de modo absoluto a quien lo pretenda, el derecho, la osadía, de indicarle, de imponerle a los universitarios o a los productores, lo que deben pensar, enseñar, investigar o fabricar. Aceptarlo sería abdicar, la comunidad científica y la productiva, de su autonomía y libertad.

Jean Francois Revel, en su introducción al libro citado de Maurice Joly destacaba que "...la democracia no consiste solamente en que haya apoyo popular- los peores potentados a menudo lo tuvieron- la democracia consiste en que haya reglas que codifiquen el derecho absoluto del hombre a gobernarse a sí mismo."

Por eso quizá Edmund Burke, en sus reflexiones sobre la revolución francesa, consagraba como primer derecho del hombre en una sociedad civilizada, el de estar protegido contra las consecuencias de su propia necesidad.

Y gobernarse a si mismo, para que no nos gobiernen otros a su antojo, comienza por interesarse por lo público, informarse y, cuando las circunstancias lo requieren, expresarse y participar.

Estos son tiempos de formidables cambios mundiales, impensables hace una década. En Asia, Europa, Norteamérica y en nuestra Latinoamérica se está demostrando, una vez más, que las sociedades humanas no marchan hacia donde la historia o el destino las conducen inevitablemente. No existe tal cosa como el porvenir; existe el por hacer. No nos preguntemos, como suelen hacerlo muchos, por lo que pasará o podrá pasar. Preguntémonos más bien por lo que queremos que pase y que hacer para alcanzarlo. Esta es la diferencia fundamental entre la actitud pasiva y la activa. Marchemos hacia donde dirigentes y ciudadanos decidimos que queremos marchar. Pero planifiquemos con sensatez; recordemos al filósofo que proclamaba que el futuro era impredecible, que a duras penas si algo podíamos predecir era el pasado y no siempre acertábamos o lo hacíamos de modo adecuado; que sólo podíamos conocer los acontecimientos después de que hubieran ocurrido.

Este también es el tiempo de la modernidad, de la ciencia y la tecnología, el tiempo del conocimiento y, se supone, el tiempo de la razón. Hablemos del lado de la modernidad, que es el lado de la Universidad, y en particular de nuestra Universidad Metropolitana, concebida como una congregación de filósofos, amigos del saber y del conocimiento, y no de teólogos defensores de un dogma.

Se dice que un teólogo formula respuestas que ni pueden ni deben ser cuestionadas; el filósofo, en cambio, más bien se dedica a formular preguntas que no pueden ser respondidas, o que en todo caso no admiten respuestas únicas. Claro que los universitarios tenemos respuestas, pero siempre admiten discusión, incluso aquellas de las ciencias más exactas. Pero nos distinguimos por la calidad de las preguntas que formulamos, más que por las respuestas que proporcionamos.

La modernidad también puede encerrar peligrosamente la irracionalidad y la sin razón. La modernidad mal entendida y peor practicada suele llevar al hombre y a las organizaciones a los mismos o peores resultados que la tradición, pero eso sí, con procedimientos más complicados, más costosos y más empobrecedores del espíritu humano. La civilización científico tecnológica, la sociedad del conocimiento y sus herramientas, las tecnologías de la información y comunicación, son sólo eso, herramientas. Los sistemas los concibe el hombre para que sean sus servidores y no para someterlo. El sistema al servicio del hombre y no al revés.

Max Weber se preguntaba: "...¿que es lo que aporta la ciencia para la vida práctica y personal?...la ciencia proporciona conocimientos sobre la técnica que, mediante la previsión, sirve para dominar la vida... ..la ciencia proporciona métodos para pensar, instrumentos y disciplina para hacerlo".

Pero por recurrir a la ciencia para hacer las cosas, no significa que las estemos haciendo bien, o que estemos sirviendo buenas causas o causas justas; podemos causar mucho daño al usar acriticamente la ciencia. Lo que quiero decir es que no endioseemos la ciencia o las nuevas tecnologías.

Aun tiene vigencia la reflexión del propio Max Weber sobre la ciencia: "...han naufragado todas las ilusiones que veían en la ciencia el camino hacia el "verdadero ser"...hacia la "felicidad verdadera" y se preguntaba "¿Cuál es el sentido que hoy tiene la ciencia como vocación?" Y respondía con palabras de Leon Tolstoi:

*"La ciencia carece de sentido puesto que no tiene respuesta para las únicas cuestiones que nos importan [o deberían importarnos]: las de qué debemos hacer y cómo debemos vivir..."*

La ciencia sólo pretende responder a la pregunta de qué debemos hacer si queremos obtener un resultado. La cuestión de si ese resultado es deseable, es conveniente, es bueno, es justo, escapa al ámbito de la ciencia. Y ella, la ciencia, por cierto, también se equivoca a menudo...como toda empresa humana.

Seamos ahora más concretos en estas reflexiones. Esta es también la sociedad de la hipercomunicación. Es verdad, ¿qué seríamos hoy sin internet, sin celular y sin blackberry? Pero de vez en cuando hace bien desconectarse y conectarse con uno mismo. Hagan la prueba. Hoy estamos ante el hombre permanentemente conectado, comunicado, siempre disponible, del hombre cautivo simultáneamente por varios aparatos que se han convertido de hecho en sus prótesis; del hombre que despierto o dormido, y no importa donde esté ni lo que esté haciendo, está conectado. Caminando, manejando, comiendo, estudiando, leyendo, en clase o en el cine, y hasta durmiendo, los aparatos están permanentemente prendidos.

Herbert Marcuse, filósofo de la década de los sesenta del siglo XX se refirió a la alienación del hombre unidimensional. Hoy asistimos a la alienación del hombre comunicado, tecnologizado e informatizado, inquieto permanente e incapaz de desconectarse de la red para atender de modo exclusivo, concentrado, reposado, una buena película, un buen libro, una buena conferencia, un buen concierto o sencillamente atenderse a sí mismo o contemplar el mar por un rato, sin interferencias. Pero el mayor drama consiste en lo desamparado que se siente aquel que se encuentra repentinamente incomunicado. La ansiedad y hasta el pánico lo invaden.

También es el tiempo de la preocupación y la inversión en la hoy llamada Responsabilidad Social Empresarial. Pero, ¿en verdad se cree en ella y se la practica? ¿Existe un interés real por la responsabilidad social? Es indudable que el conocimiento y las tecnologías contribuyen a producir más, a vender más y a consumir más, más de lo que sea. Pero ello ocurre a menudo y en buena medida en detrimento de la calidad de vida social e individual, vulnerando el principio ético que fundamenta la responsabilidad social. Y no me refiero a Enron, al Exxon Valdés, a los derrames petroleros o al calentamiento global, asuntos que para nosotros lucen relativamente dis-

tantes. Pregúntense por asuntos que probablemente los involucran, y están en la obligación ciudadana de preguntarse, si es ético, por ejemplo, abarrotar, contaminar, destruir visualmente nuestra ciudad con una profusión de vallas, afiches, pendones, pintas o una enorme y estrambótica taza roja, para inducir al consumo de tal escocés, vodka, cerveza o celular. Se trata de nuestro habitat, al que estamos contribuyendo a destruir, o que otros destruyen ante nuestra pasividad. Es nuestra casa grande, nuestra ciudad, son nuestras calles. No sólo se trata de producir y vender; lo ético es contribuir a la no destrucción del espacio en el que se va a consumir lo que producimos y vendemos. Esta no es sólo una responsabilidad pública, es una responsabilidad privada también. Es una grande y real responsabilidad social empresarial. Los llamo a no ser cómplices de la destrucción sino contribuyentes de la recuperación de un hábitat amable.

Siempre recuerdo un lema que tenía un famoso restaurant francés en Caracas, el Anatole: "El animal se nutre, sólo el hombre sabe comer", que para estas palabras de hoy, Julian Marías, el profesor español de filosofía, complementa, al decir que el error, tan poco frecuente en la vida animal, es la amenaza constante, y privilegio diríamos nosotros, de la vida humana. Por eso el hombre no tiene más remedio que pensar, usar la razón y, frecuentemente, equivocarse. Pero la mentira en cambio, que se debe distinguir del error, es uno de los mayores males de la humanidad, quizá el más importante de los males, junto a la falta de amor. No le teman al error sino a la mentira.

Así que equivoquense, es vuestro privilegio como humanos, pero no mientan ni hagan trampa, por ningún motivo, ni por conveniencia, ni porque se les ordene mentir.

Que las fuerzas del bien los acompañen!

Saludos y mucho éxito!